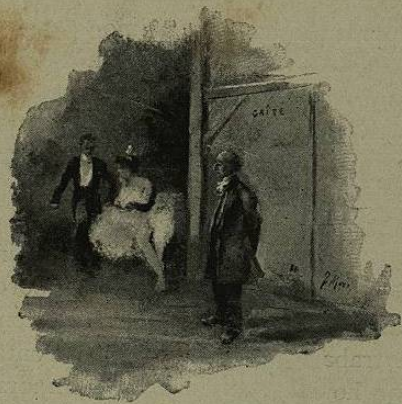


Que soy una tonta; al abrir el portamonedas me encuentro con la sortija, que la guardé aquí y lo había olvidado.

Chascó el cochero la fusta; partieron los caballos, y el carruaje desapareció á poco entre uno de los recodos de la carretera.



LA BESTIA HUMANA



LA BESTIA HUMANA

No en París, en toda Francia era imposible encontrar un corazón más limpio y un carácter más dulce que el del señor Ramón.

Aquel pantalón azul pálido; aquella levita color de castaña, descolorida por los años y abotonada á todas horas, pero dejando ver el cuello y los puños de la camisa irreprochablemente limpios y brillantes siempre, envolvían el compendio más perfecto de la bondad y de la mansedumbre.

Desde el director de la compañía, desde

el empresario hasta el último de los tramoyistas del teatro de la Gaité, adonde tenía un empleo, todos le llamaban papá Ramón, y ni hubo superior que tuviera motivo de reñirle, ni compañero á quien diese ocasión de disgusto.

Papá Ramón vivía para servir á los demás, y á pesar de sus cincuenta y cinco años y de su exterior endeble, porque era de pequeña estatura, tenía resistencia para trabajar todo el día, y no contaba ni con hora fija siquiera para almorzar; pero en la noche, cuando terminaba la función, papá Ramón recobraba su autonomía y comenzaba á pertenecerse á sí mismo.

Todas las noches, y era ya costumbre inveterada, al salir del teatro entraba en un modesto pero aseado restaurant, ocupaba siempre la misma mesa, á la derecha de la puerta de entrada, y allí, instalándose cómodamente, sacaba del bolsillo *El Figaro* del día, y comenzaba la lectura, en tanto que el criado, que conocía el invariable gusto de papá Ramón, después de darle las buenas noches, iba colocando unos tras otros los platos que constituían aquella cena cotidiana.

Papá Ramón no abandonaba el periódico; leía mientras estaba comiendo, ó mejor dicho, comía instintivamente, mientras que saboreaba la lectura.

Como el restaurant estaba cerca del teatro, y la calle era de tránsito para el espectáculo, y todo el mundo sabía cuál era el restaurant de papá Ramón, y á qué hora indefectiblemente estaba allí, muchas veces asomaban por la puerta, y como espiando, ya un rostro varonil, ya un grupo de cabecitas de mujer, envueltas en sus abrigos, que decían:

—Buenas noches, papá Ramón.

—Buena salud, papá Ramón.

—Que aproveche.

Y desaparecían en seguida.

Papá Ramón bajaba el periódico y volvía la cabeza; sus ojitos verdes brillaban con una luz de satisfacción, y en todo su rostro se pintaba la alegría; porque aquello era la felicidad para él. Tenía mucho cariño para todos, y sentía un verdadero placer con cualquiera muestra de buena correspondencia. Papá Ramón realmente era bueno, y nada de aquello por su parte era forzado ni singular.

*
*
*

Una noche, en una de las mesas cercanas á la que ocupaba papá Ramón, comían tres personas: tres jóvenes; de ellos, el que parecía el principal, representaba unos treinta años: alto, membrudo, el pecho levantado, ancha la espalda, la ca-



bellera negra y rizada, levantándose sobre las sienes para atrás; un bigote negro y unos labios gruesos le daban todo el aspecto, aun cuando iba cuidadosamente vestido de etiqueta, de ser uno de esos hombres que se llaman artistas y en los teatros de tercer orden, ó en las ferias de los pueblos, se exhiben haciendo ejercicios de fuerza, rompiendo cadenas, do-

blándose barras de hierro sobre el brazo, ó jugando con balas de cañón: además se le conocía una educación poco esmerada; reía brutalmente; hablaba alto, decía palabras inconvenientes; reñía por todo á los criados y encontraba malo todo cuanto le presentaban, lo mismo el vino que la comida. Sus compañeros, que eran una especie de parásitos ó aduladores, le llamaban familiarmente Armando. Escuchaban con atención todas sus tonterías, y celebraban todos sus chistes de mal gusto.

Debió llamarles la atención el vecino que leía tranquilamente *El Figaro*, porque le miraban, cuchicheaban y se reían evidentemente de él.

Así llegaron hasta la hora en que papá Ramón tomaba su café: el hércules, quizá excitado porque había comido fuerte, tomó un pequeño pedazo de pan, y procurando disimular el movimiento, lo lanzó sobre papá Ramón. Éste pareció no haberlo notado; pasó un rato, y los compañeros de Armando, alentados por el ejemplo, comenzaron á tirar á papá Ramón bolitas de miga ó fragmentos de cáscara de nuez. El primer proyectil que

rodó sobre el periódico hizo levantar la cabeza á papá Ramón, que, no comprendiendo qué era aquello, supuso, sin duda, que sería una piedrecilla desprendida del techo. Cuando ya se hizo cargo de que alguien le tiraba, volvió el rostro sonriéndose; y creyendo encontrar la alegre cara de un amigo que trataba de llamarle la atención con la confianza del cariño, se encontró no más con aquellos tres comensales que agachaban las cabezas, reían burlonamente y le miraban de soslayo.

Entonces conoció papá Ramón que era víctima de aquellos hombres. No se incomodó, pero procuró terminar cuanto antes para retirarse.

Á grandes sorbos apuró la taza del café; dobló la servilleta, la metió en el anillo de metal, y luego enclavó el anillo en el gollete de su botella de vino. Plegó cuidadosamente el periódico, y más bien como quien escapa de las travesuras de unos niños que como quien se separa disgustado y huyendo de gentes de mala educación, se preparaba á tomar ya su sombrero, cuando el hércules, alentado sin duda por aquella retirada, lanzó una

nuez, que por la combinación de los movimientos de papá Ramón llegó á herirle en la boca y le hizo brotar sangre.



Entonces pasó una cosa terrible. Con una rapidez, con una energía y con un acierto que nadie podría esperar, papá Ramón cogió la botella de vino y la arrojó con toda su fuerza. La botella fué á estrellarse en la frente de Armando, bañándole el rostro y el pecho, primero de vino, y después de sangre.

Derribando la mesa el hércules, ciego

y vacilante por el dolor, por la ira y quizá por la conmoción cerebral, y con las manos crispadas, se levantó; pero antes de que hubiera podido avanzar, ya papá Ramón, lívido, desencajado, con un reflejo verde y brillante en los ojos y con la respiración agitada, estaba delante de él, y sirviéndose como de una maza de uno de esos sifones que contienen aguas gaseosas, descargó un segundo golpe, todavía más terrible, sobre la cabeza de Armando.

El hombre lanzó un grito sordo; batió el aire con los brazos y cayó de espaldas. Pero como si su cuerpo hubiera ejercido una atracción irresistible sobre papá Ramón, se arrojó éste también instantáneamente sobre su enemigo, y comenzó á golpearle con furor en la cabeza, en la cara, en el cuello, en el pecho, con los pedazos de cristal, con los fragmentos de la porcelana, con todo lo que podía encontrar.

El hércules tuvo al principio algunos movimientos convulsivos, y después quedó inerte; y mientras, papá Ramón seguía golpeando, hiriendo, destrozando: bramaba, rugía, silbaba como la serpiente;

ya no era un hombre. Papá Ramón había desaparecido; era un tigre sediento de sangre; era un gorila feroz, encarnizado; era el niño que goza en hacer pedazos el máspreciado de sus juguetes.

Todas esas capas de barniz que en mil generaciones han ido colocando como estratificación, y á fuerza de años, para formar una envoltura dentro de la cual pueda vivir oculta é inofensiva la *bestia humana* en el siglo XIX, se hicieron pedazos en menos de cinco minutos, y había surgido la fiera que duerme olvidada en cada uno de los hombres; que oculta su vida latente quizá en lo más profundo y misterioso de las circunvoluciones cerebrales, y que muchas veces se yergue y se asoma terrible, prestando á los músculos fuerza y elasticidad irresistibles; al cerebro, sus instintos y sus vértigos salvajes, y á todo el organismo sus energías y sus paroxismos incomprensibles.

*
* *

La señora del *comptoir* gritaba; los amigos de Armando, aterrados, pegados

al muro, no se habían atrevido á moverse; la policía no tardó, y su primer intento fué separar á papá Ramón de su enemigo; pero costó enorme trabajo, y cuando le arrancaron de allí levantó entre sus crispadas manos sangrientos mechones de pelo de su adversario. El hércules estaba muerto; con uno de los cristales le había dividido papá Ramón la yugular; la cara era una masa informe de sangre, de carne, de pedazos de cristal y de fragmentos de porcelana.

*
*
*

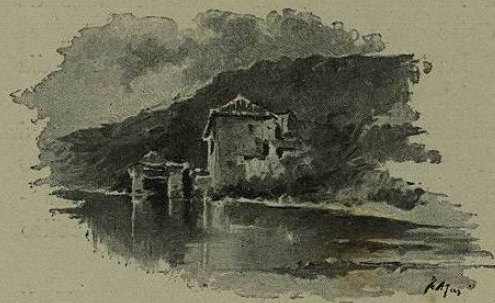
Papá Ramón todavía, entre los brazos de los gendarmes, pugnaba por lanzarse sobre su enemigo; pero repentinamente echó la cabeza, trémula y confusa, hacia atrás; sus ojos se abrieron espantosamente y como si fueran á salirse de las órbitas; torcióse su boca, haciendo una mueca horrible; lanzó un grito estridente, y se desplomó, rebotando en el pavimento su cabeza; pero al caer saltaron los botones de la levita, y escapando del bolsillo del pecho, sin una mancha de

sangre y cuidadosamente doblado, quedó sobre el brazo del cadáver el periódico que diez minutos antes leía con tanta tranquilidad y tanto gusto el pobre papá Ramón.



CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL

LA BENDICIÓN DE ABRAHAM



LA BENDICIÓN DE ABRAHAM

Como al mejor cazador se le va la liebre, á pesar de tan diligente y cuidadosa como era el ama del señor cura, una mañana de verano se olvidó de cerrar la puertecilla de la jaulica en que estaba prisionero un gorrioncito alegre y cantador, que hacía más de un año formaba las delicias de los humildes habitantes de la casa cural.

El gorrioncillo se acercó cautelosamente hasta la puerta de la jaula, y dando saltitos y volviendo la cabeza y piando suavemente, examinó la salida y se puso

á reflexionar en las probabilidades de éxito que podía tener la fuga.

La jaula estaba en una solana: el día se presentaba sereno y hermoso; había en derredor de la casa pocas calles, y á corta distancia se veía el campo cubierto de dorados trigales, que ondulaban mansamente al ligero soplo del vientecillo de la mañana.

Tentadoras eran las circunstancias, y el amor á la libertad decidió al prisionero; saltó fuera de la jaula y emprendió el vuelo en el momento mismo en que el ama aparecía en escena.

Como hacía tanto tiempo que el pobre gorrion no ejercitaba sus alas en el vuelo, pesadamente hendía el aire, desfallecía á cada instante, tropezaba con los tejados y se estremecía de terror oyendo los gritos del ama, que decía á los vecinos el rumbo que seguía el fugitivo y la torpeza con que volaba.

Por fin, cansado y sin poder ya continuar, cayó, más bien que deteniéndose, de golpe en medio de un campo de trigo. Allí permaneció largo rato, que él no pudo saber cuánto tiempo fué, porque no llevaba reloj, pero es de suponer



fueran más de dos horas.

Se había salvado; había recobrado la libertad, pero tenía un hambre devoradora, porque el trabajo había sido extraordinario y emprendida la fuga antes de tomar el almuerzo.

Es verdad que estaba en un campo de trigo; pero las espigas, todavía recias, no se dejaban arrebatarse ni un grano, y el gorrioncillo, maltrecho de la caída, no podía entrar todavía en lucha.

En vano buscó algún insectillo, alguna semillita desprendida de su planta; nada, no encontró nada, y el hambre le apretaba más á cada momento.

Comenzó á quejarse tristemente, descansando á la sombra de una hermosa mata de trigo, quizá la más sazónada de todo aquel campo; y tanto dijo el pajarito y tanto se lamentó, que una de las espigas dijo á sus hermanas:

—Muéveme á compasión el dolor de este pobre animalito, y os aseguro que si un ligero vientecillo me ayuda á sacudir mi casa, voy á dejarle caer, por lo menos, la mitad de los granos que guardo; que tanto les dará á ellos pasar por el pico de este gorrión como por las piedras del molino.

Como si el aire hubiese escuchado aquellas palabras con satisfacción, comenzó á agitarse, y una ráfaga más ligera que las otras vino á chocar en la espiga caritativa, que, inclinándose, abrió las puertas de sus trojes y regó en derredor del hambriento pajarillo granos de trigo sonrosados y frescos.

Más tardaron ellos en caer que en pasar al buche del animal, que, una vez

satisfecho, sintió la gratitud por aquel beneficio, y procuró recordar algo de lo que había oído decir al señor cura, para repetírselo á su benefactor.

El gorrioncillo era joven, tenía buena memoria, y poco trabajo le costó hallar lo que buscaba.

Se alzó sobre sus patitas, y, tomando un aire solemne, dijo á la espiga aquellas palabras que el *Génesis* refiere que el Señor dirigió á Abraham:

«—Tú serás bendita; se multiplicará tu semilla como las estrellas del cielo, como las arenas en las costas del mar, y tu posteridad poseerá la tierra de promisión.»

—Pero ¿cómo podrá ser eso?—decía la espiga.—Porque no me ha quedado más que un solo grano de trigo, pues todos te los he dado á ti.

«—Se multiplicará tu semilla—repetía el pajarito;—se multiplicará tu semilla como las estrellas del cielo, como las arenas en las costas de los mares.»

Y todas las demás espigas se mecían con el viento, riéndose de las bendiciones del gorrión.

*
*
*

Como todo esto pasaba en España el año del Señor de 1520, le daremos la palabra, para terminar este cuento, á uno de los conquistadores de México.

En una relación sobre la conquista de México, hecha por Andrés de Tapia, y que titula «Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor D. Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó á ir á descubrir en la tierra firme del mar Océano», y la cual relación fué publicada por D. Joaquín García Icazbalceta en la Colección de documentos para la Historia de México, el año de 1866, en el tomo II, página 592, se lee el siguiente párrafo, con el que puede cerrarse esta narración:

«Al Marqués, acabando de ganar México (1521), estando en Coyoacán, le llevaron del puerto un poco de arroz; iban entre ellos tres granos de trigo; mandó á un negro horro que los sembrase; salió el uno, y como los dos no salían, buscáronlos y estaban podridos. El que salió llevó cuarenta y siete espigas de trigo. De esto hay tanta abundancia, que el año 39 yo merqué buen trigo, digo extremado, á menos de real la hane-

ga; y aunque después al Marqués le llevaron trigo, iba mareado y no nació. De este grano es todo, y hase diferenciado por las tierras do se iba sembrando, y uno parece lo de cada provincia, siendo todo de este grano.»

Inútil es decir que ese grano era el que había alcanzado las bendiciones del pajarito, y sé que hasta hoy sigue cumpliéndose la profecía.

